

de decir á su esposo. "Bien está, dijo Anselmo; hasta aquí ha resistido Camila á las palabras; es menester ver cómo resiste á las obras: yo os daré mañana dos mil escudos de oro, para que se los ofrezcais, y aun se los deis, y otros tantos para que compreis joyas con qué cebarla; que las mujeres suelen ser aficionadas, y mas si son hermosas, por mas castas que sean, á esto de traerse bien y andar galanas; y si ella resiste á esta tentacion, yo quedaré satisfecho, y no os daré mas pesadumbre." Lotario respondió, que ya que habia comenzado, que él llevaria hasta el fin aquella empresa, puesto que entendia salir della cansado y vencido. Otro dia recibió los cuatro mil escudos, y con ellos cuatro mil confusiones, porque no sabia qué decirse para mentir de nuevo; pero, en efecto, determinó de decirle que Camila estaba tan entera á las dádivas y promesas como á las palabras, y que no habia para qué cansarse mas, porque todo el tiempo se gastaba en balde. Pero la suerte, que las cosas guiaba de otra manera, ordenó que, habiendo dejado Anselmo solos á Lotario y á Camila, como otras veces solia, él se encerró en un aposento, y por los agujeros de la cerradura estuvo mirando y escuchando lo que los dos trataban, y vió que, en mas de media hora, Lotario no habló palabra á Camila, ni se la hablara si allí estuviera un siglo, y cayó en la cuenta de que, cuanto su amigo le habia dicho de las respuestas de Camila, todo era ficcion y mentira; y para ver si esto era así, salió del aposento, y, llamando á Lotario aparte, le preguntó qué nuevas habia, y de qué temple estaba Camila. Lotario respondió, que no pensaba mas darle puntada en aquel negocio, porque respondia tan áspera y desabridamente, que no tendria ánimo para volver á decirle cosa alguna. "¡Ah, dijo Anselmo, Lotario, Lotario, y cuán mal correspondeste á lo que me debes, y á lo mucho que de tí confio! Ahora te he estado mirando por el lugar que concede la entrada desta llave, y he visto que no has dicho palabra á Camila, por donde me doy á entender que aun las primeras le tienes por decir; y si esto es así, como sin duda lo es, ¿para qué me engañas, ó por qué quieres quitarme con tu industria los medios que yo podria hallar para conseguir mi deseo?" No dijo mas Anselmo; pero bastó lo que habia dicho para dejar corrido y confuso á Lotario, el cual, casi como tomando por punto de honra el haber sido hallado en mentira, juró á Anselmo que, desde aquel momento, tomaba tan á su cargo el contentalle y no mentille, cual lo veria si con curiosidad lo espiaba: cuanto mas, que no seria menester usar de ninguna diligencia, porque, la que él pensaba poner en satisfacelle, le quitaria de toda sospecha. Creyóle Anselmo; y, para dalle comodidad mas segura y menos sobresaltada, determinó de hacer ausencia de su casa por ocho dias, yéndose á la de un amigo suyo que estaba en una aldea, no lejos de la ciudad; con el cual amigo concertó que le enviase á llamar con muchas veras, para tener ocasion con Camila de su partida. ¡Desdichado y mal advertido de tí, Anselmo! ¿qué es lo que haces? ¿qué es lo que trazas? ¿qué es lo que ordenas? Mira que haces contra tí mismo, trazando tu deshonor y ordenando tu perdicion. Buena es

tu esposa Camila; quieta y sosegadamente la posees; nadie sobresalta tu gusto; sus pensamientos no salen de las paredes de su casa; tú eres su cielo en la tierra, el blanco de sus deseos, el cumplimiento de sus gustos, y la medida por donde mide su voluntad, ajustándola en todo con la tuya y con la del cielo: pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad y recogimiento te da sin ningun trabajo toda la riqueza que tiene y tú puedes desear, ¿para qué quieres ahondar la tierra y buscar nuevas vetas de nuevo y nunca visto tesoro, poniéndote á peligro que toda venga abajo, pues, en fin, se sustenta sobre los débiles arrimos de su flaca naturaleza? Mira que, el que busca lo imposible, es justo que lo posible se le niegue, como lo dijo mejor un poeta, diciendo:

"Busco en la muerte la vida,
salud en la enfermedad,
en la prision libertad,
en lo cerrado salida,
y en el traidor lealtad.
Pero mi suerte, de quien
jamás espero algun bien,
con el cielo ha estatuido
que, pues lo imposible pido,
lo posible aun no me den."

Fuése otro dia Anselmo á la aldea, dejando dicho á Camila que, el tiempo que él estuviere ausente, vendria Lotario á mirar por su casa y á comer con ella, que tuviese cuidado de tratalle como á su misma persona. Afligióse Camila, como mujer discreta y honrada, de la órden que su marido le dejaba, y dijole, que advirtiese que no estaba bien que nadie, él ausente, ocupase la silla de su mesa; y que si lo hacia por no tener confianza que ella sabia gobernar su casa, que probase por aquella vez, y veria por experiencia cómo para mayores cuidados era bastante. Anselmo le replicó que aquel era su gusto, y que no tenia mas que hacer que bajar la cabeza y obedecelle. Camila dijo que así lo haria, aunque contra su voluntad. Partióse Anselmo, y otro dia vino á su casa Lotario, donde fué recibido de Camila con amoroso y honesto acogimiento; la cual jamás se puso en parte donde Lotario la viese á solas, porque siempre andaba rodeada de sus criados y criadas, especialmente de una doncella suya llamada Leonela, á quien ella mucho queria, por haberse criado desde niñas las dos juntas en casa de los padres de Camila, y, cuando se casó con Anselmo, la trujo consigo. En los tres dias primeros nunca Lotario le dijo nada, aunque pudiera cuando se levantaban los manteles y la gente se iba á comer con mucha priesa, porque así se lo tenia mandado Camila; y aun tenia órden Leonela que comiese primero que Camila, y que de su lado jamás

se quitase; mas ella, que en otras cosas de su gusto tenia puesto el pensamiento, y habia menester aquellas horas y aquel lugar para ocuparle en sus contentos, no cumplia todas veces el mandamiento de su señora; antes los dejaba solos, como si aquello le hubieran mandado; mas la honesta presencia de Camila, la gravedad de su rostro, la compostura de su persona era tanta, que ponía freno á la lengua de Lotario; pero el provecho que las muchas virtudes de Camila hicieron poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundó mas en daño de los dos, porque, si la lengua callaba, el pensamiento discurría y tenia lugar de contemplar parte por parte todos los extremos de bondad y de hermosura que Camila tenia, bastantes á enamorar una estatua de mármol, no un corazón de carne. Mirábala Lotario en el lugar y espacio que habia de hablarla, y consideraba cuán digna era de ser amada; y esta consideración comenzó poco á poco á dar asalto á los respetos que á Anselmo tenia, y mil veces quiso ausentarse de la ciudad, y irse donde jamás Anselmo le viese á él, ni él viese á Camila; mas ya le hacia impedimento y detenía el gusto que hallaba en mirarla. Hacíase fuerza, y peleaba consigo mismo, por desechar y no sentir el contento que le llevaba á mirar á Camila: culpábase á solas de su desatino; llamábase mal amigo, y aun mal cristiano; hacia discursos y comparaciones entre él y Anselmo, y todos paraban en decir, que mas habia sido la locura y confianza de Anselmo que su poca fidelidad, y que si así tuviera disculpa para con Dios como para con los hombres de lo que pensaba hacer, que no temiera pena por su culpa. En efecto, la hermosura y la bondad de Camila, juntamente con la ocasión que el ignorante marido le habia puesto en las manos, dieron con la lealtad de Lotario en tierra; y sin mirar á otra cosa que aquella á que su gusto le inclinaba, al cabo de tres dias de la ausencia de Anselmo, en los cuales estuvo en continua batalla por resistir á sus deseos, comenzó á requebrar á Camila, con tanta turbación y con tan amorosas razones, que Camila quedó suspensa, y no hizo otra cosa que levantarse de donde estaba, y entrarse en su aposento sin respondelle palabra alguna: mas no por esta sequedad se desmayó en Lotario la esperanza, que siempre nace juntamente con el amor; antes tuvo en mas á Camila; la cual, habiendo visto en Lotario lo que jamás pensara, no sabia qué hacerse; y, pareciéndole no ser cosa segura ni bien hecha darle ocasión ni lugar á que otra vez la hablase, determinó de enviar aquella misma noche, como lo hizo, á un criado suyo con un billete á Anselmo, donde le escribió estas razones:

CAPÍTULO XXXIV.

Donde se prosigue la novela del Curioso Impertinente.

«Así como suele decirse que parece mal el ejército sin su general y el castillo sin su castellano, digo yo que parece muy peor la mujer casada y moza sin su marido, cuando justísimas ocasiones no lo impiden. Yo me hallo tan mal sin vos, y tan imposibilitada de no poder sufrir esta ausencia, que, si presto no venis, me habré de ir á entretener en casa de mis padres, aunque deje sin guarda la vuestra, porque la que me dejastes, si es que quedó con tal título, creo que mira mas por su gusto que por lo que á vos os toca; y pues sois discreto, no tengo mas que deciros, ni aun es bien que mas os diga.»

Esta carta recibió Anselmo, y entendió por ella que Lotario habia ya comenzado la empresa, y que Camila debia de haber respondido como él deseaba; y alegre sobremano de tales nuevas, respondió á Camila de palabra que no hiciese mudamiento de su casa en modo ninguno, porque él volveria con mucha brevedad. Admirada quedó Camila de la respuesta de Anselmo, que la puso en mas confusión que primero, porque ni se atrevia á estar en su casa, ni menos irse á la de sus padres; porque en la quedada corría peligro su honestidad, y en la ida iba contra el mandamiento de su esposo. En fin, se resolvió en lo que le estuvo peor, que fué en el quedarse, con determinación de no huir la presencia de Lotario por no dar qué decir á sus criados, y ya le pesaba de haber escrito lo que escribió á su esposo, temerosa de que no pensase que Lotario habia visto en ella alguna desenvoltura que le hubiese movido á no guardalle el decoro que debia; pero, fiada en su bondad, se fió